

## Tres Devotos de Séneca

Discurso de recepción como Numerario en la Real Academia de Córdoba, de Don Pascual Santacruz Revuelta, leído el 1 de Enero de 1940.

EXCMO. SR., SEÑORAS Y SEÑORES:

El sillón académico que debo a la benevolencia de esta docta Corporación, fué ocupado en su laboriosa vida por el distinguido médico cordobés Don Arcadio Rodríguez Camacho.

No tuve el placer de tratarle, pero su figura nada vulgar inspirárame muy viva simpatía. De más que mediana estatura y porte aristocrático, su expresivo

rostro de corte cervantino estaba teñido—digámoslo así—de esa melancolía corrosiva engendrada por los desencantos sufridos en el comercio social. Era hombre serio, pero no con la seriedad aparatosa del ególatra o el pedante, sino con la profunda y atrayente del pensador entristecido por la visión desconsoladora de un mundo de iniquidades y concupiscencias.

Inteligencia muy despierta, leía y estudiaba de todo, buscando, sin duda, una norma de normas; un principio cardinal sobre el que reposar, como sobre blanda almohada, su cerebro henchido de inquietudes y generosas ansias.

El hecho de haber sido profesor unos años de su inteligente hijo Manuel, me ha permitido examinar su biblioteca, que en verdad era un mosaico de autores y libros de las más antitéticas tendencias.



Don Pascual Santacruz Revuelta, Abogado, publicista y crítico literario. Nació en Barcelona el día 16 de Abril de 1871. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente en 7 de Diciembre de 1928.

Cultivó la Medicina general que conocía muy bien, por lo cual, de habérselo propuesto, hubiera sido un excelente especialista. Don Arcadio no era un científico *unilateral*; no pertenecía a la grey de los profesionales que al decir del sabio e ingenioso Letamendi *por no saber sino Medicina ni aun Medicina saben*. Espíritu de amplio horizonte, servido por una voluntad diligente y una in-

La Política de Aristóteles, la Monadología de Leibnitz, la Filosofía del Derecho de Prisco, los versos de Gabriel y Galán, el Ideario de Ganivet, los estudios políticos y sociales de Costa y las lucubraciones de Cajal alternaban con las obras de Darwin, Benchner, Letourneau, Schopenhauer y Spencer.

¡Lástima grande que hombre tan discreto y ecuánime padeciera cierta funesta fascinación por algunos redentores de pacotilla y exaltados paladines de credos antisociales con antifaz de tribunales del pueblo!—Salvando este pequeño eclipse la luz de su razón no se enturbió un momento y supo ver los seres y las cosas en sus justas dimensiones y apropiado colorido.

Tal vez por verlas, como desgraciadamente son, fué un gran exéptico mundano y la sonrisa en sus labios semejaba amarga mueca. Y no porque careciera de nobles entrañas y ánimo propenso a la indulgencia, sino porque la realidad, la terrible realidad, ensombrecía con su lúgubre velo, las más puras ilusiones de su alma.—Herido de muerte por la dolencia que minaba su organismo, todo su ser se volvió a Dios y en la hora suprema, libre de acerbos dudas y confortado con la fé religiosa entró en la región de la paz eterna que tanto mereció un luchador de su temple.

## II

Cumplido este grato deber al par reglamentario y de estricta justicia, paso a desarrollar el tema objeto de mi discurso "*Tres senecistas ilustres*" o mejor tres devotos del conspicuo moralista, aunque no comulgaran de modo exclusivo en el estoicismo del gran pensador. Procuraré ser conciso; porque en los pecados literarios la única circunstancia atenuante es la brevedad, y yo llevo más de medio siglo pecando en este orden de actividades. ¡Que Dios me perdone, como espero que vosotros me perdoneis! He escrito en más de un libro que, los hijos preclaros de Córdoba pueden llamarse *precursores* o *representativos* porque encarnan un sistema ó dan calor a un credo o fundan escuela o atisban entre las nebulosidades del presente las luces radiantes de lo futuro.

Así el Obispo Osio representa la fé que no claudica ante el poderoso y desafía su poder pensando en Dios; el filósofo Averroes, tan concienzudamente estudiado por Menéndez Pelayo en su magnífica *Historia de los Heterodoxos Españoles*, simboliza el racionalismo; Maimonides vislumbra la ciencia sociológica y es un precursor de la doctrina *Monista* que después expondrá sistematizada Spinoza;

Gonzalo de Córdoba adivina desde su remoto siglo la guerra moderna y funda los famosísimos Tercios que han reverdecido los laureles de Gareilano en nuestra reciente campaña contra el marxismo depredador y sanguinario; Góngora en su odio a todo lo vulgar dá vida a la poesía erudita y elegante mostrándose grande hasta en los extravíos *culteranos* de sus *Soledades*, y el Duque de Rivas, tan buen guerrero como escritor, vuelve por los fueros de nuestra gloriosa tradición literaria soterrada por el afrancesamiento.

Lucio Anneo Séneca, de algunos de cuyos selectos admiradores voy a hablaros, es un heraldo del Cristianismo porque su razón estoica no es fría y cruei como la de Epicteto ni algo libresca como la de Marco Aurelio, sino que está impregnada de ansias cristianas, de fuerte levadura evangélica. Pero acaso me preguntareis; los filósofos, esos seres raros y ensimismados que escudriñan las causas de las cosas y los grandes porqués del mundo; esos hombres que se interesan fuertemente por averiguar lo que somos, de donde venimos y a donde vamos ¿tienen por ventura muchos admiradores y amigos? Por desgracia como tales filósofos tienen pocos, muy pocos, tanto de adictos conscientes como de entusiastas vulgarizadores. Ello sucede porque no son entendidos y mai pueden ser seguidos ni celebrados. El vulgo *alto* y *bajo* llama *latas* a sus escritos y por desdicha casi todo el mundo es vulgo. ¿Cuántos lectores tendrá Kant en España? El mismo D. Jaime Balmes, tan diáfano y ameno, dentro de su profundidad indiscutible, es poco conocido.

Los que encontrarían oscuro o laberíntico, no ya al autor de la *Crítica de la Razón Pura*, sino hasta al propio Platon, que es arquetipo de claridad y lógica, perciben exactamente la diferencia que separa un *mete y saca* de una *media estocada* y un *pase de pecho* de otro de *pitón a rabo*. Sin embargo, entre las ramas del frondoso árbol filosófico, la más accesible a los semi profanos o pseudo cultos es la Moral, la ciencia de las buenas costumbres, la gran reguladora de nuestra voluntad. Séneca, por su sencillez, hondura y bello estilo, es harto más popular que Epicteto y Marco Aurelio, que Labrouyere y la Rochefoucauld y que nuestro conceptista y paradójico Baltasar Gracian. Yo he visto en la glorieta de esta hermosa capital que lleva el nombre del maestro a dos humildes mujeres del pueblo, leyendo con atención y comentando con acierto algunos apotegmas de Séneca estampados en los lindos azulejos que ornamentan aquel lugar de lectura y meditación sito en los bulliciosos jardines de la Victoria. Ha tenido y tiene el egregio hijo de Córdoba discípulos y devotos de muy esclarecida estirpe. Bien lo merece el infortunado preceptor de

aquel ridículo y trágico megalomano coronado que ha hecho tristemente célebre el nombre de Nerón. Para mí es indudable, como lo es para el docto humanista Navarro Ledesma, que el degenerado emperador sintió envidia de su maestro y como esta pasioncilla en las almas ruines marcha estrechamente ligada al rencor, llegó a odiar a Séneca con odio de muerte. El incendiario de Roma, el pésimo poeta, el monstruo de alma sanguinaria no podía comprender ni amar al hombre excepcional que en pleno delirio pagano rompía lanzas por la libertad y la clemencia y azotaba con magníficas invectivas el desenfreno y corrupción de la ciudad cesárea. Superior a sus contemporáneos y a su siglo fué un verdadero vidente y algunas de sus preciosas epístolas y humanitarias máximas podrían firmarlas sin desdoro un San Agustín o un San Gerónimo. Cristiano de sentimiento fué el primero y acaso el único, que en una sociedad materializada hasta la médula dió preferencia al espíritu y a la ley del deber sobre todos los apetitos corporales. Voy a hablaros de tres grandes admiradores de Séneca de muy diversa procedencia filosófica pero de vasto saber y privilegiado entendimiento. Dos de ellos son españoles: Quevedo y Ganivet, y alemán el tercero: Arturo Schopenhauer.

### III

¿Necesitaré historiar la vida y obras de Quevedo? ¿No sería ofensivo para vuestra ilustración y patriotismo hablaros de este españolísimo y singular ingenio el más erudito y al par el más donoso escritor de su siglo? Poeta ascético admirable; satírico de vuelo dantesco, teólogo y político enjundioso, moralista ameno, que como otro Plautó, corregía, deleitando, las costumbres; novelador del hampa indígena; historiador de severa crítica, Quevedo es un hombre *mosaico*. El autor de *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, libro para mí superior al Príncipe de Maquiavelo, era un enamorado del senecismo. Su valentía en la reprensión de los vicios nacionales tiene fuertes raíces estoicas.—Aprendió en el trato de poderosos y plebeyos a conocer profundamente este último *animal de presa*, como ha llamado al hombre nuestro glorioso Ramón y Cajal. A todos hizo frente porque tenía robusta fé en sí mismo y en la verdad que con labios esforzados proclamaba. Reprendía porque sus excelsas virtudes eran harto mayores que sus pecados y bien podría officiar de fiscal en una sociedad de histriones y prevaricadores. Tenía derecho a despreciar todo lo afectado y contrahecho porque era la sinceridad hecha carne y pensamiento.

Muchos dicen mal de mí  
y yo digo mal de muchos:  
mi decir es más valiente  
por ser tantos y ser uno

decía con sobrada razón. Y más tarde, asqueado y dolorido ante el espectáculo de la farsa universal, exclamaba:

Yo me vine de la corte  
a vivir en paz conmigo,  
que ha más de veinte y seis años  
que para los otros vivo.

¿Qué otra cosa que un estóico de firme temple podía ser el que ni tembló ante el todopoderoso Olivares, ni se arredró frente a conspiraciones y peligros, ni perdió la serenidad en mil y mil adversidades ni lloró con lágrimas cobardes su amarga e inmerecida prisión?

Senequista era su alma incoercible, y como el filósofo podía decir: «Si el mundo se deshiciera en pedazos, sus ruinas me herirían impávido». Quevedo tradujo y comentó en los «Remedios de cualquier fortuna», «Las epístolas de Séneca», añadiéndoles otras suyas y el Nombre, Origen, Intento, Recomendación y Descendencia, de la doctrina estóica. Escuchad ahora unos cuantos bellos sonetos del gran polígrafo y satírico inspirados en Séneca:

Desacredita Lelio el sufrimiento  
blando y copioso el llanto que derramas  
y con lágrimas fáciles infamas  
el corazón rindiéndole al tormento.  
Verdad severa enmiende el sentimiento  
Si varón fuerte dura virtud amas  
castigo con profana boca llamas  
el acordarse Dios de tí un momento.  
Alma robusta en penas se examina  
y trabajos ansiosos y mortales  
cargan mas no derriban nobles cuellos.  
A Dios quien más padece se avecina  
ei está solo fuera de los males  
y el varón que los sufre encima de ellos.

Senequista es también, aunque saturado de humildad y resignación cristiana, este magnífico trozo poético:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!  
¡oh como te deslizas edad mía!  
¡qué mudos pasos traes! ¡oh muerte fría!

Feroz, de tierra el débil muro escalas  
 en quien lozana juventud se fia.  
 Mas ya mi corazón del postrer día  
 atiende al vuelo sin mirar las alas,  
 ¡oh condición mortal! ¡oh dura suerte!  
 que no puede querer vivir mañana  
 sin la pensión de procurar mi muerte.  
 Cualquier instante de la vida humana  
 es nueva ejecución con que me advierte  
 ¡cuán frágil es! ¡cuán misera! ¡cuán vana!

Elocuente lección para los ególatras y desvanecidos encierra este  
 que voy a leer.

En el mundo naciste, no a enmendarle  
 sino a vivirle Clito y padecerle,  
 puedes siendo prudente conocerle,  
 podrás si fueras bueno despreciarle.  
 Tú debes como huésped habitarle  
 y para el otro mundo disponerle,  
 enemigo del alma has de temerle  
 y patria de tu cuerpo tolerarle.  
 Vives mal presumidas y ambiciosas  
 horas, inútil número del suelo  
 atento a sus quimeras engañosas.  
 Pues ocupado en un mordaz desvelo  
 a tí no quieras enmendarte y osas  
 enmendar en el mundo tierra y cielo.

El que sigue vale por un tratado de historia y psicología nacional.

Un godo que una cueva en las montañas  
 guardó pudo cobrar las dos Castillas;  
 Del Betis y el Genil las dos orillas  
 los herederos de tan grande hazaña.  
 A Navarra te dió justicia y maña  
 y un casamiento en Aragón las sillas.  
 Con que a Sicilia y Nápoles humillas  
 A quien Milán espléndida acompaña.  
 Muerte infeliz en Portugal arbola  
 tus castillos; Colón pasó los godos  
 al ignorado cerco de esta bola.  
 Y es más fácil ¡oh Español en muchos modos  
 que lo que a todos les quitaste sola  
 te puedan a ti sola quitar todos.

Profético es este soneto. El sol que nunca se ponía para nosotros y alumbraba nuestros dominios en ambos hemisferios, eclipsóse hace algún tiempo trocándose en noche cerrada y siniestra que solo surcaban luminarias de odio. Gracias al esfuerzo de la tropa española y al genio de su Caudillo, la densa oscuridad se ha deshecho, y como dice el himno de Falange «En España empieza a amanecer».

Sin embargo donde con más vigor se acusan las influencias de Séneca en Quevedo es en *Marco Bruto*, obra de un pensador de alma cristiana que desconfía de las democracias.

Y no se equivocaba. ¿Puede la virtud ser fundamento de la democracia, como escribió Montesquieu? ¿El sufragio universal es criterio acertado de bondad política? Sin caer en el extremo de los que dogmatizan que las mayorías nunca tienen razón, puede afirmarse que si los votantes tuvieran la suficiente idoneidad ética e intelectual, los elegidos serían a todas luces dignos de los electores. Mas ¿qué garantía de justicia puede darnos una elección en que los más de los electores son ilusos ignorantes o energúmenos? ¿Qué puede salir de ese conglomerado de rutinas, coacciones o apetitos?

Palpitante está la tragedia que ha desangrado y afligido a España y cuyos autores son los demócratas de similar, los eternos sediciosos y resentidos, del reino y extranjeros. Malos son los adúladores del rey y los turiferarios del tirano, pero son harto peores los cortesanos de la chusma.

Las masas son algo muy femenino, es decir voluble y antojadizo cuando no bárbaro y cruel. ¡Horrible blasfemia es llamar voz de Dios a la gritería de las plebes! ¿Queréis ver una imagen fiel del sufragio en la hora más solemne y dramática de la historia del mundo? Evocad a la demagogia vociferante al pié de los balcones de Pilatos, eligiendo para ser libertado a un ladrón como Barrabás, en lugar de dar la preferencia al dulce Rabí de Galilea, redentor de los oprimidos y paladín de la Moral y el Derecho. En *Marco Bruto* muéstrase Quevedo ecuánime y ponderado como un alto crítico. El espíritu romántico del personaje está hondamente sentido y con justa pincelada dibujado. Tristísima enseñanza dejaron en la antigüedad como en nuestra patria los Gobiernos de las plebes. Inconstantes, ingratas e incapaces de reflexión, bien demostró el gran Tacito conocerlas al calificar de funestos sus amores.

El poder es unidad, selección y fortaleza y las muchedumbres son voltarias, ignorantes y débiles. Cuando veo una multitud se me antoja ver algo así como un monstruo de muchas cabezas pero ninguna pensante.

Yo interpreto a menudo la historia de la humanidad al modo aristocrático del gran escritor inglés Tomás Carlyle. Un César, un Alejandro, un Cromwell, una Isabel la Católica, un Bismarck y hoy un Franco, han sido y son los verdaderos conductores del díscolo rebaño colectivo, sin los cuales pronto se dispersaría por caminos sinuosos para caer al fin en abismos de horror y violencia.

Hay, indudablemente, hombres nacidos para mandar, y yo creo que el secreto de la armonía social estriba en que los más sepan obedecer a los mejores, que son siempre los menos.

La democracia no ha salido triunfante de una sola prueba en los anales del mundo. Fatalmente degenera en demagogia cuando no en nepotismo burocrático. Unamuno dijo que en España el triunfo de la democracia equivaldría al entronizamiento del analfabetismo. Yo voy más lejos que él, a ratos genial y a veces desconcertante pensador, y creo que la democracia ha sido y será mientras el pueblo sea *heterónimo*, la tiranía de la arbitrariedad, la concupiscencia y el rencor.

De la democracia ha salido armada de todas armas, como Minerva del muslo de Júpiter, esa creación pseudo-política de los llamados *frentes populares*, donde hallaron fácil acomodo y hasta cuantiosos provechos todos los miserables, fracasados, asesinos y ladrones de la humanidad contemporánea.

No confundamos al honrado pueblo con su escoria que es la canalla.

Según el erudito Astrana Marín, devotísimo de Quevedo, la Inquisición condenó otros libros del inmortal polígrafo en que se ven patentes también las huellas de Séneca. No nos encarnicemos demasiado con los cavilosos y cicateros censores de antaño *Distingue tempora et concordabis jura*. La guerra al espíritu herético era entonces implacable y severísimo el cordón sanitario impuesto por la Iglesia y el Estado para impedir la entrada en España de la peste luterana. Si hemos de ser sinceros debemos decir que tamaño rigor fué entonces saludable, y si en tiempos no muy lejanos de los presentes se hubiera obrado con la misma prudente energía, acaso no hubieran penetrado en nuestra patria, no ya los libros de Marx, Kropotkine, Grave, Sorel y Bakounine, sino ciertos infames folletos en que se enseñaba a los rebeldes y descontentos el arte de fabricar bombas de mayor o menor potencia y la táctica de la usurpación y el asesinato. «El odio es santo», «Destruir es crear», decía el anarquista Bakounine, y a sus satánicas afirmaciones han respondido los crímenes de Rusia y de España, hartos más sañudos y refinados

que todas las devastaciones de los tártaros y los horrores de la Commune. Si Quevedo viviera hoy nueva vida corporal se hubiera asombrado de que se proscibiera en su siglo a un pensador tan sereno como Séneca y se toleraran tres siglos después por gobiernos que blasonaban de democráticos la inducción a los delitos llamados injustamente sociales, la cruzada contra la ética familiar y el culto a un internacionalismo abstracto e inhumano en que era patriótico y hasta de buen tono vitorear a Rusia y escarnecer a España. El autor de los Sueños se hubiera, no ya sorprendido, sino indignado, viendo a sus compatriotas ultrajar mujeres, mutilar niños, quemar sacerdotes, profanar sepulcros, saquear tesoros, predicar la libre sensualidad y servirse de las armas de fuego, no para combatir frente a frente el extraño, sino para disparar a traición sobre el hermano de sangre y raza.

Corramos un velo sobre tanta barbarie, dichosamente aplastada por la mano fuerte y sabia de un español de alma diamantina y juremos ser en lo sucesivo dignos descendientes de Séneca y Quevedo, mostrándonos siempre atentos a las voces de la razón y obedientes a los imperativos del deber.

#### IV

Otro devoto de Séneca es el autor de *El Mundo* como *Voluntad* y como *Representación*, Arturo Schopenhauer, nacido en Dantzig, ciudad alemana que con tanta justicia pedía su incorporación al Reich. Este genial aunque algo extraviado filósofo, pasa con Hartman y con el italiano Leopardi, como el representante del pesimismo sistemático. Sin embargo, la melancolía del gran pensador germánico se me antoja no pocas veces de muy cristiana estirpe.

Dudo que Schopenhauer haya dicho cosas tan acerbadas sobre la realidad y la vida como Job en su libro, Salomón en el Eclesiastes y Tomás de Kempis en su *Imitación de Cristo*. Con todo, bien se ensaña en el arrogante mamífero bimanio, que a sí mismo se llama Rey de la Creación, siendo un miserable siervo de todos los apetitos.

Hace tuyas las palabras de Aristóteles, de que la naturaleza más parece obra demoniaca que divina; afirma que la vida es un negocio que no cubre los gastos; que este mundo es una espantosa farsa sin objeto conocido, y con la certeza de un triste vencimiento, y la visión de esta lucha enconada entre los seres le arranca frases desesperadas, pensamientos satánicos que no he de reproducir.

A pesar de sus téticas reflexiones vivió ochenta y dos años sin tener una mala digestión; compuso libros profundos y amenos, entre ellos el titulado *Eudemología o Arte de vivir bien*, y murió rodeado de la pública admiración. Schopenhauer intentó fundar una Metafísica en la experiencia; empeño absurdo, pues la ciencia de las cosas inmateriales no puede apoyarse en cimientos empíricos. El filósofo alemán veía en la voluntad la causa de todos los males, recomendando la vida del puro conocimiento. Su Neo-Budhismo dejaba manco nuestro espíritu, porque la inteligencia sin la voluntad es como una gran señora paralítica que no puede dar calor de vida a sus más bellas concepciones.

## V

Se comprende la devoción del insigne alemán al eximio moralista cordobés. En el fondo de todo estoico alienta un gran desencantado candidato al pesimismo. El optimista desfigura la vida esperando de ella mucho más de lo que puede dar, al paso que el estoico la mira con serenos ojos y sabe de sus sirtes y engaños. El propio Séneca dice estas amargas palabras que Schopenhauer suscribiría. «Nadie querría la vida si no la recibiera por sorpresa». La visión y el análisis de la realidad derivan fatalmente en mundano excepticismo e incitan a desconfiar de todo.

Así Salomón en el *Eclesiastes*, Gracian en el *Criticón* y Schopenhauer en el *Mundo como Voluntad*, caen en el pesimismo y solo confían en su razón o en el ser infinito que nunca nos engaña.

«Yo he sido todo y todo es nada», pudo decir el Emperador Carlos V desde su retiro de Yuste, y Leopardi, el alto y amargado poeta, exclamó con elocuencia desgarradora: «¡Descansa en paz, corazón mío; has latido demasiado por un mundo indigno de tu angustia y tus suspiros!». Más Séneca es un estoico de fuerte raíz religiosa y aunque su privilegiado cerebro se nos aparece algo empañado por los fantasmas del paganismo, su corazón es cristiano, no a la cómoda manera *ritualista*, sino con cálido y entrañable sentido. El confiesa el deber; rinde culto a la verdad; predica la moderación en las pasiones y la fraternidad humana y el desprecio a los oropeles del fausto y la vanidad, carcoma de la Roma cesárea.

Schopenhauer, por el contrario, no vé asidero alguno en los naufragios del mundo, que es para él un inmenso oceano de dolor; se deja llevar por la impetuosa corriente de una tristeza aniquiladora

y al final de su largo y sombrío viaje llega como un cadáver moral a las desiertas playas del nihilismo.

Su filosofía al preconizar el anonadamiento de la voluntad frente al mal es negación de la vida que es lucha por la perfección del ser y afirmación de la propia impotencia para señorearla y hacerla fecunda en obras de justicia y amor.

Es contradictorio que un hombre como él, que peleó bravamente contra tantas adversidades y supo imponer su vigorosa personalidad con las armas de su talento extraordinario, no preconizara como debía el hechizo de esa mágica potencia volitiva, creadora de todas las maravillas de la tierra y excelsitudes del alma.

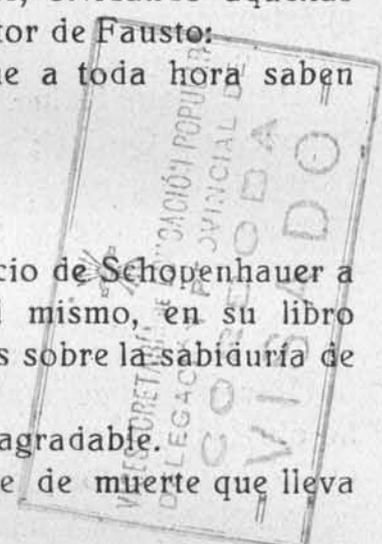
El, que consideraba la piedad como el fundamento de la moral, reniega de toda lucha por el derecho: condena como estéril todo esfuerzo por mejorar la condición humana que cree irreformable; vé con ojos de impasibilidad la cruzada de todas las furias del egoísmo contra los principios jurídicos y aconseja el desarme de los combatientes en esta batalla eterna de las especies, olvidando aquellas sabias palabras de su genial compatriota el autor de Fausto:

Solo merecen la libertad y la vida los que a toda hora saben conquistarlas.

## VI

He aquí como demostración del alto aprecio de Schopenhauer a Séneca algunos pensamientos que copia del mismo, en su libro encantador *Parerga y Paralipomena* (Reglas sobre la sabiduría de la vida).

- 1.º La tontería hasta a sí misma se es desagradable.
- 2.º El reposo sin el estudio es una especie de muerte que lleva al hombre vivo a la tumba.
- 3.º Cuanto más despreciable es un hombre, cuanto más sirve de ludibrio, menos freno tiene su lengua.
- 4.º Cuando el sabio recibe una bofetada ¿qué hará? Lo que Catón cuando le golpearon en el rostro; no se encendió en cólera, no vengó la injuria, ni la perdonó siquiera, sino que negó que se le hubiera hecho.
- 5.º Séneca ha dicho en su lenguaje incomparable que la gloria sigue al mérito como la sombra al cuerpo, aunque lo mismo que la sombra camine tan pronto delante como detrás y—agrega—aunque por envidia no hablaran de nosotros los contemporáneos, otros vendrán que sin pasión ni favor nos harán justicia.



6.º Cada día es una vida aislada y hacer este tiempo único real lo más agradable posible.

7.º Disfrutemos de la que tenemos sin hacer comparaciones; jamás habrá dicha para aquel a quien otra mayor atormenta.

8.º En vez de pensar en cuantos están sobre tí, piensa en cuantos están debajo.

9.º Si quereis que todas las cosas se os sometan, empezad por someteros a la razón.

10.º Nadie puede llevar mucho tiempo el disfraz. Todo lo que está disfrazado vuelve al punto a su naturaleza.

Y ahora, señores, rindamos tributo de gratitud y admiración a los alemanes conspícuos que amaron a nuestros clásicos sin entrar a saco en sus inmortales producciones; reverenciemos como es debido a nuestra fiel y generosa amiga en horas muy graves, las más dramáticas tal vez de una historia y pongamos sobre nuestras cabezas a los gobernantes ilustres de ese pueblo ejemplar que en todo momento nos hicieron cumplida justicia y jamás conspiraron contra nuestro progreso ni atentaron villanamente a nuestra integridad moral y política.

De Enrique Heine, el eximio poeta, es el mejor juicio crítico que conozco del Quijote; Schlegel consagró su vida entera al estudio del teatro de Calderón de la Barca; John Fastenrath escribió libros sobre nuestro Foik-lore y llevó a la bella Colonia los Juegos Florales españoles; Schopenhauer fué devoto, no solo de Séneca, sino de Mateo Alemán y de Baltasar Gracian, cuyo libro «El Criticón» calificó de uno de los mejores del mundo; Muert, el distinguido profesor de la Universidad de Halle, ha estudiado recientemente con gran amor la obra de nuestro Azorín; el insigne tratadista militar Von Bernardi enalteció el valor indomable de nuestros guerrilleros en la lucha contra Napoleón y hasta el proscrito y quizás calumniado Guillermo II, cuando la codicia yanqui trató de arrebatarnos, consiguiéndolo, aquel ramillete de hermosas islas, restos de nuestro gran imperio colonial, quiso acudir en pró de nuestra causa abatida por la superioridad abrumadora del formidable enemigo. Permitid—repito—que salude cordialmente a esa nación, grande en las horas de paz y temible en las de la guerra; a esa raza de aimas intrépidas, que consciente de su honradez y de su fuerza, ha sabido anular las malas artes, que para arruinarla urdieron sus astutos y envidiosos enemigos; a ese pueblo austero y laborioso que ha hecho del deber una religión y que junta al vigor de Esparta la sabiduría de Atenas. ¡Honor a Alemania!

## VII

Y ahora, para concluir, voy a hablaros algo de otro gran admirador de Séneca, de Angel Ganivet, hijo egregio de Granada, poeta y filósofo de muy altos vuelos y cuya devoción al inclito moralista, honor de Córdoba, está consagrada en las primeras páginas de *Idearium*, donde afirma ser el senequismo la quinta esencia del alma española.

Ganivet vivió sólo treinta y tres años, pero el valor de las vidas se gradúa más por la intensidad psíquica en ellas desplegada que por la extensión material recorrida. Ancianos conozco cuya existencia egoísta y tacaña se asemeja mucho al monótono *tic-tac* de un reloj que se paró por falta de cuerda. Los treinta y tres años de Ganivet valen por siglos.

No hubo idea que no acariciara, ni teoría que no sometiera a severo análisis, ni sentimiento elevado que no hiciera latir con fuerza su hermoso corazón. «No temo a la muerte—decía—lo único que temo es que con mi cuerpo muerto se vayan las creaciones presentes y futuras de mi espíritu».

Para Ganivet, como para Séneca, lo importante no es precisamente vencer en la lucha por la vida, alcanzando un alto puesto como premio de la victoria; lo digno y humano es pelear con armas nobles y caer con gesto gallardo. Como los héroes de Homero, los estóicos mueren con las armas en la mano. No impioran piedad del vencedor ni les abate el infortunio, ni doblan rodilla ante el poderoso. Mueren como vivieron; fieles a su razón o al ideal que fué su divisa en la lucha.

Entre estas muertes ejemplares, además de la de Sócrates y Séneca, recuerdo la de Bruto, la del gran Gregorio VII y la de Miguel Servet, que al observar cómo una pobre anciana trataba de alimentar con troncos secos, la leña un tanto reacia en arder de la hoguera, mandada levantar por el envidioso Calvino para quemarle, exclamó: ¡Oh sancta simplicitas!, y aguardó con admirable presencia de ánimo la hora postrera de su vida. Ganivet dió a España cuanto tenía de fibra mental y amor encendido. Manirroto de su talento y de su sensibilidad gastó en un puñado de años el opulento capital con que Dios dotara su alma extraordinaria. Mi maestro D. Andrés Manjón, el sabio canonista, paladín de la caridad y pedagogo insigne, honra de la Iglesia, admiraba profundamente a Ganivet, ponderando la calidad de su espíritu y su amor a la patria delante de los párvulos

de las escuelas del Ave María, por él fundadas en la bella ciudad de los cármes. Unos cuantos patriotas de similor y desvanecidos pseudo-sabios, pretendieron incluirlo en las huestes del jacobinismo democrático, desfigurando su noble fisonomía psicológica y sirviéndose de su gloriosa obra como de un banderín de enganche de ideas radicales. ¡Vano empeño el de querer encasillar en los menguados límites de una secta el espíritu selecto e incoercible de este gran pensador! Ganivet no era tirio ni troyano, güelfo ni gibelino, de la izquierda o de la derecha. Era mucho más: era un español esclarecido y magnánimo que amaba la verdad sobre todas las cosas y a España como a sí mismo.

Fué sincero creyente y bien lo atestiguan sus ardientes aspiraciones a la mística y los fervorosos elogios que en sus obras tributa a San Agustín y Menéndez Pelayo. No era un partidista vulgar, sino universalista a la española. En su famoso Epistolario barruntó la tragedia que ha afligido a España, y si no temiera abusar de vuestra paciencia lo demostraría con la reproducción de uno de esos textos henchidos de noble vehemencia que parecen escritos con sangre.

No creía en la democracia, que es la tiranía del número, sino en la *optimacia* (el gobierno de los mejores). El sufragio representa hasta hoy el entronizamiento del odio, la envidia y la arbitrariedad desde la condena de Jesucristo hasta tiempos muy recientes. Intérprete del alma nacional, como Séneca, veía en nuestra historia (externa e interna) una enseñanza viva de estoicismo. El *sustine* y el *abstine* se ofrecen a diario en sus dramáticas y aleccionadoras páginas; entereza ante el dolor, desprecio a los oropeles y ánimo sereno frente a la adversidad. Sufrido y ecuánime el español, nació para enseñar al mundo que el espíritu es más fuerte que la materia, y que la calidad y el tesón triunfan de la cantidad. Ocho siglos de Reconquista lo pregonan, y la terrible pugna pasada, con elocuencia al par amarga y sublime, lo patentiza. Estóicos en vanguardia y retaguardia dieron unos con gesto pródigo la sangre y otros el oro, que son los colores de nuestra hermosa bandera.

El pueblo dice, como Séneca, que venciendo al destino se demuestra merecer otro mejor, y en Toledo, en Teruel, en Oviedo y en el Santuario de la Virgen de la Cabeza, resucitan Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona, mientras las madres españolas con temple digno de las mujeres de Esparta dicen al saber la muerte de sus hijos que ellas los parieron y criaron para ofrendarlos a la patria. Los pensamientos y apotegmas de Ganivet, de filiación estóica, saltan allá y

aculiá como chispas luminosas en sus libros, y en demostración de mi aserto voy a reproducir algunos que el Maestro cordobés, sin desdoro suscribiría.

1.º Cada cual debe ser por fuera lo que es por dentro; el que se retoca para no parecer lo que es dá mala idea de sí, puesto que él mismo empieza por despreciarse.

2.º El mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra y lo que faltan son maestros y discípulos.

3.º La ciencia primera y fundamental de un hombre es la de saber vivir con dignidad; esto es ser independiente y dueño de sí mismo y poder hacer su voluntad sin darle cuenta a nadie.

4.º Frente a la adversidad no hay mejor recurso que una acción resuelta y denodada. No hay lágrimas tan consoladoras como las que en vez de derramarse por los ojos salen por el cerebro trocadas en ideas fuertes.

5.º El valor del dinero depende de la aptitud que se tenga para invertirlo en obras nobles y útiles.

6.º Repruebo resueltamente el sacrificio de vidas humanas si los móviles del sacrificio son el engrandecimiento pasajero de este o aquel país, las disputas sobre propiedad, jurisdicción, supremacía y demás mezquindades en que los hombres se interesan.

7.º No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida que tienes dentro de tí una fuerza madre; algo indestructible como un eje diamantino alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los llamados prósperos o de los que llamamos adversos o de los que parecen envilecernos con su contacto mantente de tal modo fuerte y erguido, que al menos se pueda decir de tí que eres un hombre.

8.º El senequismo en España se mezcla con el Evangelio de tal suerte que de nuestro Séneca si no puede decirse en rigor que huele a santo, sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un Doctor de la Iglesia.

9.º Hay que ser tolerantes con los que están debajo, porque si los de abajo se mueven se cae el que está encima.

10.º Para todo lo que represente una carga y un vejamen, el tiempo pasa suave y benéfico.

11.º La esclavitud sin amor es germen perpétuo de rebeldía.

12.º La muerte, siendo un hecho universal, es a la vez tan personal que de ella puede decirse que es el momento en que espiri-

tualmente se condensa la vida humana. La idea, la imagen que se nos ocurre al pensar en el instante de nuestra muerte, es la que rige en secreto nuestra vida. ¡Cuántos que realizan la proeza vulgar de crear y sostener una familia numerosa quizás lo realicen pensando en lo triste que sería morir abandonados sin tener una mano cariñosa que les cierre los ojos.

13.º Buscar el aturdimiento es una cobardía. El que por no oír la verdad se tapa las orejas ¿ha destruido la verdad? Lo que ha hecho ha sido afirmarla sin conocerla. Y el condenado a muerte que está en capilla y oye con angustia cómo el reloj va dando las horas y para no oírlas se pone a gritar, ¿retrasa con eso la hora de subir al patíbulo? Más vale afrontar la verdad entera, porque aunque la verdad sea dolorosa el dolor es fecundo y crea alegrías que las agradables ficciones no crean jamás.

Voy a terminar este humilde trabajo, pero espero que antes me permitiréis dar expansión a un sentimiento arraigadísimo, a un grito del alma en homenaje al esclarecido pensador y hombre óptimo que vió la primera luz en el recinto encantado de Granada. Guía y hermano; fotógrafo fiel del espíritu de mi patria en el Ideario; escritor, al par, ameno y profundo; humorista incomparable en las Cartas Finlandesas y en la Conquista del Reino de Maya; renovador de la estética española en Granada la bella; dramaturgo de cepa calderoniana en el Escultor de su Alma; crítico atinado e imparcial en Hombres del Norte; novelador y vidente en los Trabajos de Pío Cid; archivo inapreciable de erudición y gracejo en el Epistolario; una ráfaga de la locura arrojó tu cuerpo a las frías aguas del puerto de Riga, pero los que sabemos de tus geniales libros y de los tesoros que contenía tu generosa entraña te consideramos presente con la presencia perdurable de tus bondades y talentos. ¡Angel Ganivet, maestro y amigo, nunca te olvidaré!

*Pascual Santacruz*

